

Libro I, Canto I

EL SÍMBOLO AURORA

Era la hora anterior al despertar de los dioses.
Atravesada en la senda del divino Evento,
Inmensa y con lastre de graves augurios,
Sola en su templo de umbría eternidad,
La mente de la Noche yacía orillando el Silencio.
Casi se sentía, opaco, impenetrable,
En el símbolo sombrío de su ciego meditar
El abismo del incorpóreo Infinito:
Un cero insondable colmaba el mundo.
El poder de un ser caído, ilimitado,
Despierto entre dos Nadas, la primera y la postrera,
Recordando la matriz de su origen tenebroso,
Se apartó del misterio insoluble del nacer
Y del lento, mortal proceso
Y quiso hallar su fin en la Nada rigurosa.
Como en obscuro principio de todas las cosas,
Una muda, amorfa imagen de lo Ignoto,
Repitiendo sin fin el acto inconsciente,
Prolongando sin fin la ciega voluntad,
El cósmico sopor acunó de la Fuerza ignorante
Cuyo sueño creador los soles enciende
Y nuestras vidas arrastra en torbellino sonámbulo.
A través del vano, enorme trance de Espacio,
De su estupor informe sin mente o vida,
Como sombra que incesante gira en un Vacío absoluto,
Arrojada una vez más a ensueños peregrinos,
Rodaba la Tierra abandonada en los abismos,

Olvidada de su espíritu y su destino.
Impasibles los cielos estaban, neutros, vacíos, quietos.
Estremeciéndose entonces algo en la noche inescrutable;
Un movimiento inefable, una impensada Idea
Insistente, sin propósito, inquieta,
Algo que quería mas no sabía cómo ser
Azuzó el Inconsciente, avivó la Ignorancia.
Una agonía que llegó y dejó un trémulo rastro
Incitó a un viejo afán insatisfecho y cansado,
En paz en su caverna subconsciente y deslunada,
A alzar su rostro y pretender la luz ausente,
Forzando los ojos prietos de un recordar desvanecido,
Como alguien que buscase una identidad perdida
Y sólo hallase el cadáver de su anhelo.
Era como si aun en esta Nada profunda,
Aun en este núcleo de disolución última,
Una entidad se ocultase incapaz de recuerdos,
Sobreviviente de un pasado destruido y sepultado,
Condenada a reemprender el esfuerzo y el daño,
A revivir en otro mundo frustrado.
Una consciencia informe la luz quiso
Y una presciencia nuda deseó un cambio distante.
Como el dedo de un crío en la mejilla posado
Que la penuria del mundo, interminable,
A la Madre inatenta del universo recuerda,
Un anhelo infantil hirió la Inmensidad sombría.
Insensible desveló una brecha un lejano horizonte:
Una larga sola línea de luz ambigua,
Como vaga sonrisa que tentase a un corazón baldío,
Arañó el confín lejano del sueño oscuro de la vida.
Llegado del otro margen de lo infinito
Atravesó un ojo divino las calladas honduras;
Un solar rastreador que buscase

En aquel pesado cósmico reposo,
Torpor de un mundo enfermo y exhausto,
A un espíritu solo, tan caído y desgarrado
Que al recuerdo se le hurtaban las dichas del pasado.
Irrumpiendo en un cosmos aturdido,
Repicó su mensaje en el silencio obstinado
Llamando a la aventura de la consciencia y el gozo
Y, conquistando el desengaño de la Madre Naturaleza,
Renovada licencia impuso a ver y a sentir.
Un pensamiento sembró en el Vacío insondable,
Un sentido nació en las tinieblas profundas,
Un recuerdo tembló en el corazón del Tiempo
Como alma que muerta durante siglos es empujada a vivir:
Mas el olvido que la caída provoca
Las densas líneas había borrado de las tablas del pasado
Y todo lo que devastado fue debe ser recreado
Y la antigua experiencia arrostrada otra vez.
Todo puede hacerse si el toque de Dios acompaña.
Una esperanza asomó que apenas ser osaba
En la indiferencia desierta de la Noche.
Como errante maravilla sin lugar donde anidar,
Huérfana y empujada a buscar una morada,
Que en mundo extraño mendiga
Con tímida y azarosa, instintiva gracia,
Llegó a un lejano rincón del cielo
Un gesto lento, milagroso, de suave apelación.
La persistencia estremecida de un hálito transfigurador
Persuadió a la inerte, negra quietud
Y la hermosura y milagro turbaron los campos de Dios.
Una mano errante de pálida luz encantada
Que al filo refulgió de un instante fugaz
Fijó con panel de oro y gozne opalescente
Una puerta de sueños entreabierta al misterio.

Un resquicio de luz, ventana a las cosas ocultas,
A la ciega inmensidad del mundo forzó a la visión.
Desmayó así la sombra y deslizose
Como capa que resbala del cuerpo reclinado de un dios.
Por la pálida grieta entonces que al principio pareciera
Apenas suficiente para un goteo de los soles
Se vertió la llama y la revelación.
El perpetuo breve signo recurrió en las alturas:
Un hechizo de trascendencias no alcanzadas,
Iridiscente en la gloria de lo No Contemplado,
Un mensaje de la Luz inmortal e ignorada
Que en la orilla trémula de la creación fulgura,
Su aura desplegó la Aurora de soberbios colores
Y su germen de grandeza sepultó en las horas.
Visitante de un momento, refulgió la diosa:
En el filo de la vida se detuvo la Visión e inclinóse luego
Sobre la curva y pensativa frente de la tierra.
Interpretando una hermosura y un encanto secretos
En jeroglifos de color de místico sentido,
Escribió las líneas de un profundo mito
Que la gloria cantaba de las albas del espíritu:
Un códice brillante cuya página era el cielo.
Casi fue aquel día la epifanía revelada
De la que toda esperanza y pensar son sólo almenaras;
Un esplendor solitario de la invisible meta
Casi fue arrojado al Yermo opaco.
Una vez más un paso turbó la Inmensidad desierta;
Centro del Infinito, un Rostro de arrobada calma
Separó los párpados eternos que abren los cielos;
Una Forma pareció llegar de venturas distantes.
Embajadora entre la eternidad y el cambio,
Derivó la omnisciente Diosa a través de vastedades
Que el camino prefijado de los astros arropan

Y vio para sus pies dispuestos los espacios.
Aun una vez volviöse hacia su sol velado,
Y entonces, decidida, marchó a su inmortal trabajo.
Próximo sintió la tierra el paso de lo Imperecedero:
El oído atento de Natura oyó sus pies,
La inmensidad tornó hacia ella su ojo ilimitado
Y, en selladas simas esparcida, su sonrisa luminosa
En fuego transformó el silencio de los mundos.
Todo fue consagración y rito;
Un vínculo vibrante el aire entre la tierra y los cielos;
El himno alado de un gran viento hierofante
Se alzó y cayó sobre montes como altares;
En azur de revelación las altas ramas oraron.
Aquí donde nuestra ignorancia abismada dormita
Sobre el seno mudo de la tierra ambigua,
Aquí donde el hombre no conoce aun su pójimo paso
Y la Verdad tiene su trono en el dorso umbrío de la duda,
En estas campos precarios de angustia y de trabajo
Bajo un mirar extendidos indiferente y vasto,
Testigo imparcial de nuestro gozo y tormento,
Soportó nuestro suelo abyecto el rayo del despertar.
Mas aquí también la visión y el fulgor profético
En milagros convirtieron las vulgares formas vanas.
Después partió agotado el aflato divino,
Despreciado, vanecido del dominio del mortal.
Un sagrado añorar en su estela persistió,
Culto a un Poder, una Presencia tan perfectos
Que no puede alojar el corazón perecedero,
Presciencia de un futuro, inconcebible nacimiento.
Sólo un instante puede la luz de Dios quedarse:
La belleza espiritual al alumbrar la vista humana
Su pasión y misterio pinta en la Materia enmascarada
Y la eternidad derrocha en un latido del Tiempo.

Como cuando un alma al umbral del nacer se acerca,
Uniendo tiempo mortal a Tiempo Eterno,
Una chispa divina en la Cripta de la Materia perdida,
Desvanecida su luz en los inconscientes reinos,
Así ese fugaz resplandor de mágico fuego
Disolviose ahora en el claro aire cotidiano.
Cesó el mensaje y desmayó el mensajero.
La Llamada solitaria, el Poder sin compañía
Se llevó a un distante mundo secreto
El fulgor y el milagro del rayo supremo:
No avistó ya más la Aurora nuestra escena mortal.
La plenitud de hermosura propia de lo divino
No logró vindicarse a los ojos del tiempo;
Mística, en exceso real para habitar el espacio,
Su cuerpo de gloria fue borrado del cielo:
Asombro y prodigio no pervivieron ya más.
La luz común brilló del día terrestre.
Libre ya del reposo que la fatiga impone,
De nuevo el rumor de la inquieta Vida
Prosiguió los ciclos de su ciega búsqueda.
Todo volvió a su rutina invariable;
Las mil criaturas que el árbol pueblan y el suelo
El instante acataron, su impulso imprevisto,
Y, líder en este mundo con su mente incierta,
En soledad y afrontando el porvenir velado,
Alzó el hombre el fardo de su sino.

Y Savitri también despertó entre estas tribus
Que a unirse se aprestan al canto del fúlgido Almuédano
Y, por la hermosura tentadas de ilusorios senderos,
Su porción saludan de gozo efímero.
A la eternidad semejante, su patria y origen,
No compartía ella este parco alborozo;

Un poderoso extranjero en las tierras del hombre,
El Huésped encarnado no respondía en sus adentros.
La llamada que despierta, que azuza a la mente humana,
Su impaciente y tortuoso ambular y perseguir,
La tremolante vanidad de sus afanes,
Su corazón alcanzaban como dulce nota extraña.
No era para ella este mensaje fugaz del Tiempo.
En ella moraba la angustia de los dioses
En nuestro efímero molde humano presos,
Inmortales por la muerte de las cosas conquistados.
Suyo había sido un gozo más vasto y grandioso,
Pero no mucho tiempo pudo guardar su áurea luz celeste
O erguirse sobre este endeble pedestal terreno.
Un ahogado movimiento en los abismos del Tiempo,
La frágil parvedad de la Vida negó el poder,
La vastedad y el encanto soberbios, conscientes,
Que consigo trajera a la forma humana,
El sereno deleite que a todos los seres aduna un alma,
La llave a las puertas ardientes del éxtasis.
La semilla terrestre que la savia exige del placer y las lágrimas
Rechazó el presente inmortal del rapto:
A la hija del infinito hizo ofrenda
De su flor delirante de amor y muerte.
Vano ahora parecía el sacrificio espléndido.
Pródiga en el don de su divinidad fecunda,
Todo cuanto era había ofrecido al hombre,
Con la esperanza de enraizar su alma en este mundo
Y que el cielo hallase patria en el suelo perecedero.
No es fácil persuadir a la tierra al cambio;
Mal soporta lo mortal el toque de lo eterno:
La pura y divina intolerancia teme
De ese asalto suyo de éter y de fuego;
Contra su dicha sin sombras murmura,

Casi con odio repele la luz que porta;
Ante la desnuda fuerza de su Verdad tremola,
Ante el poder y dulzura de su Voz absoluta.
Imponiendo a las alturas la ley del abismo,
A los heraldos del cielo con su fango macula:
Sus espinas son la defensa de caída natura
Que a las manos salvadoras de la Gracia opone;
A los hijos de Dios con muerte y suplicio saluda.
Gloria de rayos que la escena terrestre cruza,
Sus pensamientos solares anublan mentes toscas,
Traicionada su obra, su bien en mal trocado,
Por la corona legada la cruz reciben
Y sólo dejan tras ellos un magnífico Nombre.
Un fuego ha llegado, el corazón humano tocó y alejose:
Un puñado, inflamados, ascendieron a un dominio mayor.
Muy distinta del mundo que ayudar y salvar quería,
Abrumaba su grandeza el pecho ignaro de la tierra,
Y de sus simas profundas brotó temible réplica,
Una porción de su angustia, su caída, su contienda.
Vivir con dolor, enfrentar a la muerte en su senda:
La suerte del mortal se hizo del Inmortal herencia.
Atrapada así en el nudo de los hados terrestres,
Aguardando moró la hora de su prueba,
Desterrada de su innata dicha,
Aceptando la veste oscura de la vida,
Ocultándose aun de los seres que amaba,
La deidad aun mayor por su destino humano.
Una lóbrega presciencia la separaba de aquellos
De quienes era un pilar y un lucero;
Muy alta para compartir el dolor y el peligro,
En sus honduras desgarradas guardaba el mal futuro.
Como alguien que de hombres enceguecidos cuida
Y la carga asume de una raza ignorante,

Amadrigando a un enemigo que en su corazón debe cebarse,
Ignorado su acto, el destino que arrostra ignorado,
Debía ella presentir, temer, osar, desamparada.
Llegó la alborada fatal tanto tiempo esperada,
Y con ella un mediodía semejante a cualquier otro.
Pues potente la Naturaleza avanza
Sin cuidar si quiebra un alma, una vida;
Dejando a su muerto atrás prosigue su marcha:
Sólo el hombre lo percibe y los ojos de Dios, que todo alcanzan.
Aun en este desespero de su alma,
En esta aciaga cita con la muerte y el pánico,
Ni un lamento, ni un ruego cruzó sus labios;
El secreto de su angustia guardó en su propio pecho:
Serenos el rostro, el coraje la mantuvo muda.
Pues sólo su exterior luchaba, sufría;
Aun su humanidad era casi divina:
Su espíritu se abría al Espíritu en todo,
Su naturaleza sentía propia toda otra Natura.
Ajena, morando en sus adentros, toda vida portaba;
Distante, el mundo llevaba en sí misma;
Su terror era uno con el gran terror cósmico,
Se fundaba su fuerza en los poderes cósmicos;
Era su amor el de la Madre del universo.
Contra el mal que roe las raíces de la vida,
Del que su propia tragedia era sólo privado signo,
De sus tormentos hizo ella acerada espada mística.
Una mente eremita, un corazón inmenso,
A la tarea se elevó que en soledad el Inmortal afronta.
Al principio, no sufrió la vida en su abrumado pecho:
Inerte en el regazo de la somnolencia original terrena,
Libre en la ausencia de todo recordar,
Inconsciente reposaba en el filo de la mente,
Insensible y serena como astro o como piedra.

En la sima yacía de un silencio entre dos reinos,
Al dolor remota, al cuidado ajena,
Olvidada de la angustia de esta tierra.
Una leve, lenta evocación deslizose entonces como sombra
Y suspirando posó ella la mano en su pecho
Y reconoció el íntimo, persistente daño,
Silente, hondo, antiguo, a su lugar acostumbrado,
Mas no supo qué hacía allí, de dónde había llegado.
El Poder que la mente alumbraba aún faltaba:
A su deber se hurtaban perezosos los sirvientes de la vida
Como obreros sin su paga de alborozo;
Huraña, la antorcha del sentido arder rehuía;
Desamparado, el cerebro no hallaba su pasado.
Sólo una terrenal vaga natura mantenía la estructura.
Mas ahora despertaba, su vida compartía la carga cósmica.
Invocado por su cuerpo con voz callada,
Retornó su espíritu potente de vuelos lejanos,
Al yugo retornó de la ignorancia y hado,
A la labor y al desvelo de los días mortales,
Aluzando una senda a través de extraños símbolos oníricos,
Cruzando el reflujó de los mares del sueño.
Su morada corpórea sintió un sordo impulso,
Se iluminaron repentinas las alcobas de la vida,
Las ventanas del recuerdo se abrieron a las horas
Y los pasos del pensar, cansados, a sus portales se llegaron.
A ella volvió todo: Tierra y Amor y Muerte,
Los antiguos contendientes, la rodearon
Como figuras gigantes que lidiásen en la noche:
Las deidades nacidas del tenebroso Inconsciente
Despertaron a la lucha y a la aflicción divinas,
Y en la sombra de su corazón ardiente,
En el sombrío centro del debate impío,
Un guardián del desgarrado abismo

Heredando la agonía antigua del planeta,
Una figura pétreo de alto y divino Tormento,
El espacio atalayó con mirada impasible y fija
Que atisba simas de dolor eternas, mas no la meta de la vida.
Apesarado por su divinidad inexorable,
Ligado a su trono, aguardó implacable
La diaria oblación de lágrimas contenidas.
La cuestión atroz del ser del hombre revivía.
El sacrificio del sufrir y desear
Que al Éxtasis inmortal la Tierra ofrenda
Empezó de nuevo bajo la Mano eterna.
Despierta, soportó la marcha apresurada del instante
Y contempló este mundo verde y peligroso y sonriente,
Y el lamento oyó ignorante de las vivas criaturas.
Alrededor las voces huera, la escena recurrente,
Se alzó su alma enfrentando Tiempo y Hado.
Inmóvil y resuelta, concentró su fuerza.
Éste era el día en que a Satyavan la muerte espera.